**La isla inmersa**

**(fragmento)**

Escena I

*Exterior. Imagen aérea que muestra el hotel, el río cercano que inunda toda el área. Se observa el desorden que provocan los vientos huracanados, las palizadas, la turbidez de las aguas, el caos… Corte.*

*Interior. Cuarto 380. Amanecer. La cámara hace un paneo. Descubrimos un cuerpo femenino, joven, hermoso, dormido sobre una cama. Una pequeña niña a su lado. Vaciado en negro. Otra cama. Otra mujer, gorda, duerme boca arriba. Ronca. Vaciado en negro. Primer plano sobre el rostro de un hombre de unos 60 años, con un radio pegado a su oído… Se escucha el viento, con violencia, huracanado, tras las ventanas…*

Quien primero escuchó la noticia fue el señor de la calvicie pronunciada. Era el parte meteorológico de las seis de la mañana.

«Se le informa al pueblo que el anticiclón que se mantiene estacionario, ocupando toda el área del estrecho de la Florida, impide el libre tránsito de Eva por el archipiélago cubano. Por este motivo, ha realizado muy pocos movimientos, limitándose a una desorganización ligera, pero esto no significa —aclaraba el meteorólogo—, que el peligro haya pasado».

—¡Esta isla tiene que estar maldita! ¡Bloqueos, ciclones, sequías interminables, inundaciones! ¡Todo nos cae encima! ¡Todo! —susurró malhumorado el señor de la calvicie pronunciada al escuchar la mala nueva.

El meteorólogo explicó que, usualmente, los anticiclones se desplazan a gran velocidad, pero este era como si tomase una larga siesta, y de inmediato se disculpó por intentar un chiste en momentos tan dramáticos como los que vivía el país. «Se espera que, al menos en las próximas veinticuatro horas, el tiempo tendrá poca variación. El próximo parte se ofrecerá a las doce meridiano».

El señor de la calvicie pronunciada apagó el radio. Todos dormían. De no ser por el silbido interminable del viento, el rumor que provocaban las aguas crecidas, los ronquidos y estertores que acompañaban el sueño de la gorda operática, en el cuarto se advertiría una paz inmejorable. En una de las camas dormía aquella mujer que la madrugada anterior se preocupaba por la leche de su hija. Pobre, se dijo el señor de la calvicie pronunciada, cuando despierte y sepa que esto quizás no acaba hoy, ni mañana... ¿qué hará entonces?

La niña dormía a su lado. Previamente, la madre había colocado unas almohadas en el borde de la cama para evitar una posible caída. Ambas se parecían como dos gotas de agua: la misma nariz aguileña, el pelo negrísimo, y aquellos labios tan gruesos que le recordaron la corteza de una toronja. No pudo, o no supo encontrar una asociación más estrictamente personal que aquella. Además de gruesos, reconoció, eran sensuales, muy sensuales.

Por un momento pensó engañar a los demás, pero tarde o temprano lo descubrirían. Lo mejor, entonces, sería que la primera en saberlo fuera esa señora de voz chillona, y que ella se encargara de comunicárselo a los huéspedes. No quería ser el transmisor de aquella noticia.

Los ronquidos de la gorda operática crecían como amplificados por el espacio cerrado. Recordó que una vez, cuando aún era joven, vertió sal en la boca de un muchacho que roncaba con igual estrépito. Pero además de estar muy viejo para semejantes travesuras, no tenía sal, ni siquiera azúcar, y al mencionar estas dos sustancias, sobre todo el azúcar, recordó que tenía hambre.

—¡Vamos a ver cómo diablos resolvemos este problema ahora! Una cosa es darle un pomo de leche a una niña de escasos meses de nacida, y otra, bien distinta, buscar comida para una treintena de adultos y niños ya mayorcitos.

—¡Buenos días! —dijo la mujer de gruesos labios, al tiempo que besaba con toda ternura a la niña.

—¡Buenos días! —respondió aún somnoliento.

—Por lo que veo suele despertarse muy temprano.

—En realidad no he dormido casi nada. Padezco de insomnio, ¿sabe? Y lo poco que duermo, lo paso soñando. Son sueños extraños que apenas logro recordar después. Así que, mientras todos dormían, he permanecido despierto.

—Espero que la niña no lo haya molestado demasiado...

—Lloró un poco sobre las cinco de la mañana, pero la sentí a usted dándole unas palmaditas y susurrándole algunas palabras. En cambio, no puedo decir lo mismo de los ronquidos de nuestra compañera de cuarto.

La mujer de gruesos labios rió y el señor de la calvicie pronunciada evitó mirarla. Sus labios, al reír, acrecentaban su sensualidad. Al sentarse, por debajo de la bata de casa se insinuaron unos pezones negrísimos. Entonces no lo pudo evitar y la miró. Ella pudo cubrirse con una toalla que estaba a su lado, pero no lo hizo.

—¿Han dicho algo sobre el ciclón?

—Sí. Escuché el parte de las seis.

—¿Y?

—Creo que no va a disfrutar mucho la noticia.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo la mujer de gruesos labios, resignada.

—Más bien lo que el anticiclón quiera —enfatizó él—. Por lo pronto, hoy será otro día de tormenta, según el meteorólogo. Mañana, ya veremos.

La mujer de gruesos labios suspiró y volvió a besar a la niña. Se puso de pie y fue a sentarse al lado del señor de la calvicie pronunciada, quien permanecía sobre la colcha que le sirviera de cama, en el suelo. Quizá fuera la cercanía de sus labios, o la de aquellos pezones quienes le indujeron una inevitable erección. La mujer de gruesos labios advirtió su mirada, sin embargo, quedaron en silencio, observándose, como dos seres extraños que se reconocen sin tocarse.

Aún se mantenían en silencio cuando la gorda operática despertó para preguntar si ya el ciclón había pasado.

Escena II

*Interior. Cuarto 379. Amanecer.*

L bostezó largamente. De inmediato se acercó a las ventanas. El ciclón aún los asediaba y no supo explicarse los motivos.

Unos minutos después, el escritor salió del baño.

—¿Es raro, no? —dijo L, a modo de saludo.

—¿Qué? —preguntó el escritor, frotándose la mejilla derecha.

—El ciclón no se ha ido. ¿No le parece extraño?

—Un poco, sí. Espero que alguien sepa darnos un porqué.

—Yo también lo espero —enfatizó la muchacha.

Al despertarse, P advirtió la cara de incertidumbre que el escritor y L le ofrecían, así que evitó toda pregunta. Tras besarla quedó sobre la cama, imaginando que aquella situación forzosamente se extendería quién sabe hasta cuándo.

Escena III

*Cuarto 380. Amanecer.*

La gorda operática mostró una cara de espanto.

—¿Y ahora qué hacemos? El hotel no está preparado para algo semejante.

—Sobrevivir, supongo —dijo el señor de la calvicie pronunciada—. Un día más, una semana, un mes. No se sabe. Así lo dijo el meteorólogo. Mientras el anticiclón esté allí, en el estrecho de la Florida, estacionado como un guardacostas americano, Eva seguirá junto a nosotros, como una turista, visitando la isla y paseándose por ella a sus anchas. Ya imagino los titulares de las principales agencias informativas: «Pánico en Cuba por la presencia de Eva». «Huracán se niega a abandonar la isla». «Presunta operación enemiga disfrazada en forma de anticiclón». Si esto continúa varios días más tendremos que adorar a otro símbolo patrio, pues no quedará ni una palma en pie.

—Siempre quedará alguna ceiba —replicó la mujer de gruesos labios—. Yo siempre la he preferido. La palma es larguirucha, en cambio la ceiba es amplia y de un follaje admirable. ¿No le parece?

—Sí, la ceiba tiene un encanto que no tiene la palma real, pero no puede negarme que un grupo de ellas bastaba para ofrecer cobija a unos cuantos.

—Aun así, prefiero la ceiba —reiteró la mujer de gruesos labios con terquedad.

La gorda operática se limitó a escucharlos, en silencio, pensativa, aún incrédula ante la noticia que el señor de la calvicie pronunciada le acababa de transmitir.

—¿Ya lo saben los demás?

—Si alguien tiene radio, es posible; si no es así, lo dudo mucho —respondió el señor de la calvicie pronunciada.

El tono conmiserativo de esta frase, dicha por el señor de la calvicie pronunciada, de algún modo, la conmovió. Sus manos —tal fue la percepción de la mujer de gruesos labios— por su fragilidad denotaban cierta intranquila perfección de artista, de escultor, de músico, pero no fabricadas para el rudo laboreo de albañil o de plomero. No. Aquellas manos —si se lo proponían—, gracias a su encanto y ductilidad, eran propicias para el más auténtico de los goces; propicias para cincelar el mármol de su cuerpo, para extraer su ritmo, o para definir sus gradaciones al óleo. Unas manos, en fin, de una exquisitez envidiable.

—Creo que todos deben saberlo —dijo la gorda operática, disponiéndose a salir al pasillo.

—Yo también lo creo —agregó la mujer de gruesos labios, besando a la niña que acababa de despertarse.

—Dígame una cosa... ¿cómo se supone que vamos a resolver el problema de la comida? No sé ustedes, pero tengo un hambre insaciable —dijo el señor de la calvicie pronunciada, más preocupado por las urgencias de su estómago que por los desafueros de la naturaleza.

—El almacén de víveres quedó en el primer piso, bajo las aguas —aclaró la gorda operática, con tristeza.

—Entonces... ¿no podremos comer?

—Alguien tendrá que bajar. No encuentro otra posibilidad.

—Siempre encontraremos a alguien con espíritu de buzo —sentenció con optimismo el señor de la calvicie pronunciada.

—Tengo miedo —susurró la mujer de gruesos labios, entre un suspiro y otro, a punto de sollozar—. Mucho miedo —y se abrazó al señor de la calvicie pronunciada.

Comprobó entonces la certidumbre de su pensamiento. «No solo son manos exquisitas, sino que saben transmitir toda su soledad, todo su equilibrio, sin reticencias o temores».

Este la recibió con un temblor. Veinte años hacía que no abrazaba a una mujer, y olvidó, casi por completo, esa extraña sensación que todo abrazo le devuelve a los hombres: de paz, de ternura inabarcable.

La gorda operática los miró sospechando que detrás de aquel abrazo se escondían otros secretos, otros anhelos. También ella lo hubiese necesitado, pero no lo dijo. ¿Para qué?

Escena IV

*Exterior. Pasillo. En la mañana.*

El escritor encontró a la gorda operática sentada sobre un viejo sofá, con la cabeza entre sus manos, llorando. Al verla, sintió lástima por ella. Evidentemente, aquella señora que el día anterior dio suficientes muestras de quietud y sosiego, no escapaba hoy a las presiones sicológicas que el estado actual de las cosas imponía. Sin pensarlo, colocó una mano sobre su hombro derecho.

—Será mejor que los demás no la vean así. ¿Ha sucedido algo grave?

—No sabe nada aún, ¿verdad? —y en breves y concisas palabras contó al escritor el parte meteorológico de las seis de la mañana.

—Tiene que tranquilizarse. Dentro de poco todos andarán como locos, preguntando, llorando, gritando, y deberá calmarlos. Ellos confían en usted. No puede defraudarlos. ¡Vamos...! ya verá cómo todo tiene solución.

—No, no hay solución. Además, no tenemos nada para comer. Los alimentos han quedado en el primer piso, bajo el agua, y resultará muy difícil que alguien pueda buscarlos. Incluso, si esto persiste por más tiempo, ni siquiera alcanzará lo poco que hay almacenado.

El escritor se mantuvo dubitativo unos segundos.

—Yo bajaré a buscar la comida —y se arrepintió al instante de la estupidez que acababa de decir. Pero no podía volverse atrás—. ¡Yo bajaré! —agregó una vez más, con presunta convicción marxista.

Estas palabras bastaron para que la gorda operática dejara de llorar. El escritor la vio secarse las lágrimas y robustecerse en un instante.

—Tiene razón. No nos podemos echar al piso ahora. Queda mucho por hacer —y se alejó, con la dignidad de un guerrero que acaba de ganar una batalla importante.

Escena V

*Voz en* off*. El escritor mira con frialdad la cámara*.

El escritor aceptó, con sosegado estoicismo, aquellas prórrogas que le dictaba el ciclón. Se dijo que cualquier circunstancia le resultaría propicia, sobre todo ahora, cuando al parecer todo evoca sinónimos hacia lo infinito.

Al menos, esta resulta la perspectiva que puede intuir de los diferentes partes meteorológicos. El espacio, ciertamente, era pequeño, estrecho como una caja de zapatos. Admitió que en breves horas cada quien conocerá tantos secretos del otro, como estos se revelasen. Aunque prefería mantenerse a salvo de estas relaciones impuestas, salvo las imprescindibles; aquellas que, por su carga emotiva o personal, dieran paso a descubrimientos siempre trascendentes.

No imaginaba una relación así, de «buenos días» y «buenas tardes» o «dicen que...», «vio cómo todo va...». En fin, que allí donde se abre una puerta, no se abre una puerta, sino un laberinto. Todo forma parte de una extraña maniobra, incluso cada palabra que intenta relacionar, cada conversación de sus compañeros de cuarto, sobre todo, aquellas conjeturas de la muchacha, dichas con tal gracia, con tal prisa admirables a su edad.

Del resto, bien poco conocía. Asimilaba entonaciones, aspectos del carácter, tonos y obliteraciones sin sentido que a la postre terminan por hurgar en esos sitios donde uno siempre esconde algún secreto que no desea compartir. Lo demás queda simplificado a la espera, a una extraña combinación entre ansiedad y vértigo.

Admitió la responsabilidad de la tormenta sin dejar de recurrir a ciertas categorías filosóficas; demostrándose, sin énfasis, que en ese instante se verificaban más *casualidades* que *necesidades*, más *contenidos* que *formas*. Y esto, imperceptiblemente, lo desilusionó un poco.

Escena VI

*Interior. Cuarto 379. Mañana.*

—El escritor: ¡Traigo malas noticias!

 P y L quedaron mudos, a la espera de ser informados. Cuando este terminó, P no pudo evitar un gesto de contrariedad; en cambio, L quedó como si nada hubiese escuchado.

—P (*colérico*): ¿Entonces, no se sabe qué tiempo estaremos aquí?

—El escritor (*conciliatorio*): No, no se sabe. Todo depende de la masa anticiclónica, según dijo el propio meteorólogo —y agregó—: Tenemos otra dificultad.

—P (*aún contrariado*): No lo dudo.

—El escritor (*observando a L, quien le ofrece el ombligo al descubierto: sensual y tentador*): No tenemos comida. El almacén de víveres quedó en el primer piso, bajo las aguas. Me ofrecí a bajar. Quizá podamos rescatar algo. Creo que necesitaré ayuda.

—P (*ahora dubitativo*): ¿Qué clase de ayuda?

—El escritor (*sorprendido por la muchacha mientras la miraba con descaro*): Toda ayuda resultará útil —dijo con la certeza de que L no se quedaría de brazos cruzados.

—L (*que sonríe, al sentirse mirada con lascivia*): Yo también ayudaré... como pueda, claro.

Escena VII

*Exterior. Pasillo. Mañana*.

La mayoría se encontraba en el pasillo, esperando que la gorda operática interviniese para saber por qué lo que ayer resultaba transitorio, aún hoy permanecía ante sus ojos con tanta fuerza, o más.

Habló pausadamente. Informó detalles que ni siquiera el meteorólogo pudo dar, con la intención de calmar los ánimos. Aún así, no pudo evitar escenas histéricas, llantos irrefrenables, palabras obscenas de personas que no encontraron otra vía para desahogarse.

Por suerte, después de algunos minutos, donde respondió hasta la saciedad las mismas preguntas y preocupaciones, pudo entrar al cuarto a llorar tranquilamente.

Escena VIII

*Interior. Cuarto 380. Mañana.*

La niña acababa de despertarse y la mujer de gruesos labios dijo que iría hasta el cuarto de la muchacha para que pudiese mamar.

—Si quiere yo la acompaño —dijo el señor de la calvicie pronunciada, solícito.

—No, créame, no hace falta. Regresaré en unos minutos.

Tras salir la mujer de gruesos labios, se escucharon varios toques en la puerta.

El señor de la calvicie pronunciada abrió. El escritor explicó los detalles del descenso. Al conocer los pormenores, el señor de la calvicie pronunciada propuso ayudarlos, repitiendo una y otra vez que no podría estar sin hacer nada, como una pared, mientras otros trabajaban por el bien de los demás. Acto seguido estrechó la mano del escritor en señal inequívoca de amistad.

Necesitaban una soga. El escritor recogería, en un saco, cuanto estuviese a su alcance. La mujer de gruesos labios regresó con la niña en brazos y sin que mediaran palabras se sumó a los preparativos. El señor de la calvicie pronunciada las miró y sintió deseos de preguntar por el padre, por el marido, pero no lo hizo.

La gorda operática secó sus lágrimas y comenzó a cooperar más conscientemente. Explicó que el almacén se encontraba en el primer piso, justo en el extremo izquierdo, muy cerca de las escaleras. Y agregó: «Encontrarás latas en conserva suficientes para calmar el hambre de una a dos semanas».

—Con la comida de un día bastará —dijo el señor de la calvicie pronunciada.

—El escritor (*algo preocupado*): Puede ser, pero será mejor estar prevenidos.

La gorda operática agregó que el almacén no fue abastecido a tiempo, por lo que solo quedaban las reservas que no fueron agotadas.

—El escritor (*anhelando no estar allí*): Es una lástima.

La gorda operática revisó su bolso y entregó al escritor una llave.

—Tome, sin esto no podrá entrar. Si ve que le falta el aire y que no puede hacerlo suba cuanto antes.

Escena IX

*Exterior. Pasillo. Casi al mediodía*.

Por algún extraño motivo todos se enteraron de que un «comando» se preparaba para rescatar comida. Cuando el escritor y el señor de la calvicie pronunciada salieron del cuarto, recibieron un aplauso generalizado. Más de uno ofreció amuletos; otros invocaron santos y dioses de extrañas religiones. Esto los dejó desconcertados, pero se sintieron felices, sobre todo el señor de la calvicie pronunciada, al ver tantas muestras de gratitud. Por unos segundos se creyó el centro del mundo, y por vez primera, después de muchísimo tiempo, útil.

Del diario del escritor

…al leer los Diarios de José Lezama Lima, podemos encontrar esta frase inconclusa: «La delicia de un…»

Quién sabe qué pétrea circunstancialidad evitó que Lezama continuara su anotación, qué dolor artero, qué *enemigo rumor* nos desprendió para siempre de su fluidez. De estas frases idas, de estos inacabamientos, sobre ellas y ellos, también se funda nuestra cubanía más terrena y expectante.

…no basta escribir. Hay que ser, trascender cierta presumible incomprensión. Un escritor no mimetiza. Está llamado a construir —desde la nada, o desde el todo— un punto cero para el arte. Por eso la escritura —casi siempre—, es pictografía.

…quizás también «se sufre de una mala conciencia literaria y no se sabe a ciencia cierta si el oficio de escribir es admirable o grotesco…», según Jean Paul Sartre.

**la visitación funesta**

Escena X

*Interior. Cuarto 380. Afuera se escucha un gran cúmulo de personas reuniéndose, desorden, gritos, murmullos…*

Al calcular distancias, determinaron que serían, aproximadamente, unos quince metros si se descendía por la escalera que daba al extremo izquierdo del hotel.

—Es de tontos descender por el extremo derecho, digo yo —señaló el señor de la calvicie pronunciada, situado muy cerca de la mujer de gruesos labios, mirándola de vez en cuando, a la espera de una sonrisa.

—El escritor (*eufórico como un boxeador presto a ganar una pelea*): No es demasiada la distancia. Es pan comido.

 La frase le resultó anodina, como falta de sustancia o gravidez. Pero resumía —gracias a la sapiencia popular— el centro de un optimismo que debía generalizar a toda costa, aún si ello significaba mentir.

—¿Ha realizado esto otras veces? —le preguntó la mujer de gruesos labios.

—El escritor (*mientras recuerda el ombligo de L*): No. Será la primera vez.

Nunca imaginó que su vida de ocio constante se vería trocada en semejantes hazañas. No lo quería creer, pero sintió dentro de sí un extraño bullicio, un extraño apetito por la aventura que se avecinaba.

La gorda operática apareció con un saco de nailon.

—Creo que este servirá —dijo, mirando a todos con una timidez insospechable.

 Sin embargo, la soga fue preciso improvisarla. La mujer de gruesos labios y L se dispusieron a cortar varias sábanas hasta alcanzar la longitud promediada según los cálculos anteriores.

Cuando la «soga»quedó lista, el escritor, de buen humor, dijo que ya era hora de que comenzara la función. El señor de la calvicie pronunciada abrió la puerta y salieron en dirección a la escalera del extremo izquierdo del hotel.

Escena XI

*Exterior. Pasillo. Sonido ambiente: aire intenso que silba tras las ventanas, gritos, murmullos. Un plano detalle capta el nivel del agua, que oscila entre el cuarto y el quinto escalón de la escalera. Su turbidez impide ver los escalones que han quedado debajo. Un cartel, captado por la cámara, recuerda que estamos en el segundo piso del hotel, de un hotel sin nombre, en algún sitio, en cualquier sitio…*

El señor de la calvicie pronunciada ató el saco y dijo que todo estaba listo. Miró al escritor, intentando descubrir si aún estaba decidido a descender en pos de la comida. Al decir estas palabras se dispusieron a despedirlo como si fuese a un viaje interminable. L, quien había reaparecido minutos antes, lo abrazó, deseándole buena suerte, mientras lo besaba muy tiernamente en la mejilla derecha. Los demás dijeron adiós, acompañándose de gestos que acrecentaron su ánimo.

Cuando inspiró profundamente y se sumergió en el agua quedaron mudos. Ansiosos, impacientes, esperaban que la soga fuese halada como señal de que del otro extremo, aquel que se encontraba abajo, aún permanecía vivo.

Un agudo temblor recorrió su cuerpo al penetrar en aquellas aguas turbias. «¿Me pregunto cuál será la memoria que quedará de mí si muero en esta locura?», se preguntó mientras avanzaba, sujetándose de los pasamanos de la escalera con toda la velocidad que sus pies y sus manos le permitían. Para sorpresa suya descubrió que la inundación había arrastrado consigo una innumerable cantidad de peces hacia el interior del hotel, y al verlos huyendo de su presencia los imaginó fritos, rodeados de papas y rodajas de limón. «Un plato exquisito que no necesitará de aventuras como esta».

Al llegar al pasillo, recordó las palabras de la gorda operática: «Cuando llegue al primer piso, la segunda puerta que encontrará a mano derecha es el almacén. Una vuelta del llavín bastará para que la puerta se abra». Y ella también le deseó buena suerte.

Arriba, los demás permanecían expectantes. A medida que pasaron los segundos, en el extremo del pasillo fue agolpándose la gente en muestra irrefutable de solidaridad. Un grupo de mujeres comenzó a rezar oraciones ininteligibles con todo fervor. Alguien se acercó para preguntar qué tiempo hacía que «el muchacho» había bajado; otros se mantuvieron alejados, pero también expectantes, sin saberse si se encontraban preocupados por el destino del escritor o por el arribo casi inmediato de los víveres.

La mujer de gruesos labios entrelazó su mano a la del señor de la calvicie pronunciada. Este sintió un escalofrío y sonrió, aceptando la tibieza de aquella mano. P decidió marcharse, diciendo que si lo necesitaban fueran a buscarlo a su cuarto. L quedó al pie de la escalera, mojándose los pies, pendiente a las ondulaciones del agua, con la soga entre sus manos, esperando que de un momento a otro el escritor diera la señal esperada.

Cuando abrió la puerta del almacén, el escritor encontró, dispersas por el suelo, incontables latas de conserva. No se detuvo a seleccionar, a revisar etiquetas y marcas. Hubiese sido una estupidez dedicarse a esas simplicidades, sobre todo ahora que ya sus pulmones mostraban una falta significativa de oxígeno. Por vez primera, desde que comenzó a descender, sintió miedo, un miedo intenso, pero al recordar que L lo esperaba, y también los demás, hambrientos, se dijo que sí, que lo lograría, y que tal vez aquella aventura bastaría para escribir un relato donde seguramente estarían él y ella de protagonistas. Al ver que ya había colocado suficientes latas dentro del saco, y que un exceso de peso no haría sino complicar su ascenso, tiró de las sábanas anudadas que servían de soga.

Tras sentir la señal a L se le iluminó el rostro y su alegría inmediata sirvió para contagiar a los demás, quienes en segundos crearon una fila para tirar con mayor fuerza. A fin de cuentas, la comida era para todos y no estaba bien que solo unos pocos colaborasen.

Escena XII

*Exterior. Extremo izquierdo del pasillo. Segundo piso. Un* dollyback *de la cámara recorrerá, con rapidez, toda la extensión de la fila, haciendo énfasis en los rostros, en la ansiedad de todos…*

—¡Más rápido! ¡Con mayor fuerza! ¡Tiren con más fuerza! —grita L, excitada.

El señor de la calvicie pronunciada ocupa el segundo sitio de la fila, desde donde vocifera y hace gestos para que otros, aún indiferentes, se sumen. Ya no muestran las sábanas la blancura de antes, impregnadas ahora de aquella turbidez propia del agua. Pero resistir, al parecer resistieron, piensa la mujer de gruesos labios, mientras recuerda que minutos atrás sus manos anudaron una a una aquellas cintas, que luego se convirtieron en el puente entre los que permanecieron arriba y aquel que se zambulló, sin pensar siquiera en la posibilidad de la muerte. «Es valiente, muy valiente ese muchacho», se dijo, admirada de su decisión, muestra ineludible de un carácter altruista y arriesgado. «¿Y si le sucediera algo? ¿Si ahora cuando recibamos el saco él no aparece?», medita mientras detrás del señor de la calvicie pronunciada intenta aunar todas sus fuerzas para ser útil, para salvar del hambre a esos que junto a ella se encuentran prisioneros de Eva y de la caprichosa inundación del río. «¡Y pensar que mostraba tanta apacibilidad cuando llegué! ¿Quién se lo podía imaginar? De apacible se tornó impetuoso, agresivo, desorbitado. Es como los hombres, hoy tranquilos; mañana, se tornan bestias impredecibles. El río no puede hacer otra cosa, obedece a las aguas: si estas crecen, él pierde su cauce, fluye libre, sin destino fijo, hacia cualquier parte, sin imaginar el resultado de su inmediata libertad».

Escena XIII

*La cámara capta los movimientos del escritor bajo el agua.*

Después de salir del almacén, el escritor sintió que sus pulmones no le respondían. Evidentemente, nunca estuvo preparado para una inmersión tan prolongada. ¿Qué tiempo llevaba sumergido? No lo sabe, pero puede jurar que más de un minuto, tal vez dos... Comenzó a sentir un frío espantoso. «Ha de ser la muerte, la cercanía de la guadaña», pensó sonriendo.

Al llegar a las escaleras se dijo que solo necesitaba unos segundos más, unos segundos apenas para volver a respirar, para volver a la tibieza de unas sábanas, a la cercanía de un cuerpo semidesnudo, al insuperable sabor del chorizo o cualquier otra carne que seguramente llevaba consigo. Predeciblemente, el saco era tirado con una violencia desmedida, pero imprescindible dado su estado de agotamiento y su anoxia prolongada.

Escena XIV

*Exterior. Extremo izquierdo del pasillo. Primer plano sobre el rostro de L…*

—¡Ya falta poco! ¡Vamos! ¡Con fuerza! —grita L a todos con la intención de agilizar los brazos de aquellos que forman la fila.

Mientras permanecía en silencio, aferrada a las ondulaciones del agua, imaginaba cada movimiento del escritor: «Ahora debe estar llegando al almacén. Ya debe estar dentro. De un momento a otro recibiremos la señal». Entre ansiedades, permanecía en silencio, ora mirando el agua, ora como alelada, mientras mordía sus uñas o tamborileaba inconscientemente con ambas manos, pero sin ritmo, sin compás ni forma, como un niño ajeno a sentidos musicales.

Aquella madrugada, al levantarse, no pudo reprimir el deseo de besarlo. «Parece un niño», se dijo, mirando aquel hombre que tanto la deseaba. Podía intuirlo desde esa tarde que la miró como a una cualquiera. «Tal vez P no me desee con tanta pasión», se repitió aquella madrugada. Y lo besó.

El pasillo se tornó un hervidero de voces, de gritos, de personas que tiraban y otras que miraban anonadadas el curso de la situación. A medida que aquella improvisada soga fue extendiéndose, el goteo constante y el bullicio general convirtieron al estrecho corredor en algo muy parecido a una ciénaga pantanosa, sucia. Y esta humedad, este bamboleo frenético, propició caídas y empellones, súbitos deslizamientos de personas que se incorporaban con un ay de dolor, frotándose el sitio —casi siempre las nalgas— que más directamente terminara por chocar contra el piso.

Pero nada de esto evitó la alegría general, la sensación de tranquilidad que les brindaba el conocimiento casi certero de saber que pocos minutos faltaban para saciar —aunque no opíparamente— el hambre que a cada segundo iba *in crescendo*. Por eso cuando L, eufórica, dijo que «ya podía verlo que estaba allí que alguien bajara por favor para ayudarlo porque el pobrecito ha de estar sin oxígeno y es posible que pueda llegar a ahogarse porque ese saco pesa mucho y si esto llegara a suceder cada uno cargaría con la culpa sobre sus cabezas ay por favor que alguien baje o si no yo misma...», la mayoría quedó impávida, al tiempo que ella se lanzaba, sin que nadie, ni el propio señor de la calvicie pronunciada, ni la mujer de gruesos labios pudieran evitarlo. Los demás tiraron ahora con más fuerza, con más ímpetus, acrecentados por la cercanía del escritor y de las conservas. Segundos después, el señor de la calvicie pronunciada recibía el cargamento de latas, depositándolo, gracias a la ayuda de otros hombres, en un sitio cercano, custodiado por la mujer de gruesos labios y por la gorda operática, quien llegó sobresaltada tras conocer la noticia: «El escritor no aparece. Y para colmo la muchacha bajó para rescatarlo». En ese instante, L apareció sujetando al escritor entre sus manos. Ambos fueron colocados sobre el húmedo piso. L respiraba desaforadamente, debido al esfuerzo. El escritor quedó boca arriba, sin fuerzas.

—¿Habrá muerto? —preguntó un curioso.

—No. No ha muerto. Pero habrá que reanimarlo —respondió el señor de la calvicie pronunciada, quien acto seguido cerró la boca del escritor, extendió ligeramente su cuello, y colocando su boca sobre la del presunto ahogado comenzó a realizar fuertes espiraciones.

Un silencio sepulcral se extendió por todo el pasillo. La mujer de gruesos labios no pudo evitar un suspiro, pues le llegó así, como de la nada; tras el suspiro comenzó a sollozar para inmediatamente abrazarse a L, que permanecía sentada, tiritando de frío y de miedo.

Unos, más pesimistas, dijeron que no olvidarían aquel gesto en extremo heroico; otros, que en cuanto aquello terminara debía consagrársele como un héroe de la patria; algunos, menos patrióticos, dijeron simplemente que aquel muchacho era un tonto, que arriesgarse así por un grupo de personas que apenas conocía representaba una estupidez insuperable; los restantes, simplemente callaron.

Antes de desmayarse, el escritor solo pensó en la novela que seguramente no escribiría y en el rostro de aquella muchacha que en las últimas horas lo había obsesionado. Se dijo también que prefería una muerte épica al absurdo que le esperaba en su vejez. De su boca emergió un minúsculo émbolo de oxígeno y liberó el saco, unos metros antes de llegar al final de su recorrido.

Escena XV

*Exterior. Extremo izquierdo del pasillo. Ubicada en el techo la cámara hará un* zoom *sobre el rostro inánime del escritor, para luego alejarse y tomar el rostro de L, que llora…*

Primero tosió: una, dos, tres, cuatro veces, y tras la tos, impertinente, pero anhelada por cada uno de los que allí se encontraban, el escritor abrió los ojos, primero el izquierdo, luego el derecho. Al abrirlos miró a ambos lados. Entonces vio a L, que le sonreía. «Lo logramos», dijo ella. Luego observó al señor de la calvicie pronunciada y a la mujer de gruesos labios. Ellos también le sonrieron. El señor de la calvicie pronunciada se le acercó para preguntarle al oído cómo se sentía. «Hecho mierda», contestó en un susurro, para después agregar: «Pero vivo, vivo todavía». Y al decir aquellas palabras que muy pocos escucharon, volvió a desmayarse.

Inmediatamente, la gorda operática tomó el mando de la situación para demostrar que aún le quedaba vocación de líder. Ordenó al señor de la calvicie pronunciada y a P, quien había regresado segundos después del acelerado descenso de L, que llevaran al escritor a su cuarto; a otros dos les indicó que tomaran el saco de víveres y que la siguieran hasta el suyo, aclarando que en unos minutos comenzaría la distribución de los alimentos.

Disciplinados, como si recién hubiesen salido de una escuela militar, el grupo de personas se dispersó y solo quedaron algunos curiosos husmeando cómo ocurría el traslado del cuerpo exánime del escritor, a quien creían muerto sin remedio, y de la comida, mientras cuchicheaban por lo bajo Dios sabe qué frases injuriosas, despectivas, procaces, laudatorias o de entendimiento, hacia la gorda operática, cuya voz, a medida que transcurría el tiempo, se tornaba más chillona, más hiriente para los oídos.

Escena XVI

*Interior. Cuarto 379. Hora imprecisa de la tarde. La cámara se mantiene fija sobre el cuerpo del escritor.*

L cambió sus ropas, envolviéndose en una sábana para evitar el frío. La temperatura, dadas las lluvias constantes y el incremento de la humedad, había descendido.

El escritor fue colocado boca abajo. El señor de la calvicie pronunciada dijo que era preciso cambiarle las ropas para evitar una neumonía o algo semejante. Miró hacia ambas mujeres y estas se dieron la vuelta, colocándose contra la pared. Entre sus cosas —las del escritor—, el señor de la calvicie pronunciada escogió un short y un pulóver, colocó la ropa empapada en un rincón del cuarto y lo vistió con la ayuda de P, después de haberlo secado meticulosamente. Solo la mujer de gruesos labios advirtió que mientras lo desvestían L se dio la vuelta para mirarlo. Fue un movimiento imperceptible, rápido. Al volverse, vio que la mujer de gruesos labios la observaba. Ambas sonrieron y se mantuvieron en silencio, cómplices, amigas.

—Ahora que descanse. Lo va a necesitar —dijo el señor de la calvicie pronunciada, mientras lo tapaba con la misma disposición con que un padre cuida a un hijo.

—Parece usted su padre —comentó L, acercándose al señor de la calvicie pronunciada.

—Tal vez lo sea —repuso él con seriedad.

Quedaron en silencio, mirando al escritor que dormía, cansado tras su inmersión, jadeante.

Escena XVII

*Interior. Cuarto 380. Tarde.*

 La ración de alimentos era ínfima. Cuando la gorda operática, con la ayuda de la mujer de gruesos labios —quien desde hacía varios minutos se mantenía con la niña en brazos mirando a su alrededor algo espantada—, contó y recontó cada una de las latas y promedió su cantidad con el número de personas que esperaban su «desayuno», se dijo que, al menos, bastarían para entretener las más urgentes necesidades del estómago, evitando así un concierto general de intestinos vacíos. Su gesto, confirmó refiriéndose al descenso que realizara el escritor en busca de alimentos, fue casi simbólico.

 En aquellos minutos que bastaron para el traslado del escritor y de las conservas, la gorda operática, sin pensarlo, había guardado bajo su colchón seis latas que servirían para saciar su voraz apetito. «Si ostento el mando de la situación debo estar bien alimentada. ¿Quién ha visto un líder que se presente ante su tropa bostezando de hambre? Esto resultaría totalmente absurdo», pensó para evitar la culpa. «Además, nadie va a enterarse», agregó satisfecha.

Determinaron que las raciones mayores irían destinadas a los niños y a los ancianos; estos, necesariamente, debían alimentarse mejor. Poco a poco, cada quien fue recibiendo lo que le correspondía según su edad. Más de uno, solícito, preguntó por el estado del escritor. La gorda operática y la mujer de gruesos labios respondían a las preguntas con un gesto de gratitud. Al llegarle el turno a la muchacha que amamantaba a su niña, la mujer de gruesos labios duplicó su cuota, agradeciéndole una vez más su deferencia.

—Acabas de darle tu ración —dijo la gorda operática, mirando sobresaltada a la mujer de gruesos labios.

—No importa. En realidad no tengo mucho apetito —y sonrió mientras le hacía cosquillas a la niña, quien rió como un ángel.

—Al menos la tienes a ella —y la tristeza nubló las palabras de la gorda operática.

—Sí —la mujer de gruesos labios abrazó a la niña con fuerza—. Ella me salva de todo —y agregó—: ¿No tienes hijos?

La gorda operática hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Y esposo?

Esta volvió a repetir el gesto anterior. La mujer de gruesos labios descubrió cierta tristeza que brotaba de sus ojos, aquella soledad inevitable. Y por vez primera esa señora de voz hiriente le pareció más cercana, casi una amiga o una madre.

—Ya verá cómo cambia todo eso. Tal vez aquí mismo se encuentra al hombre de su vida —dijo, con la intención de hacerla sonreír.

La émula de Berthe Trépat se limitó a suspirar y su mirada recorrió aquel cuerpo deforme por la grasa acumulada con los años, cerciorándose de que inspiraba mucho más asco que apetitos eróticos. La mujer de gruesos labios lo sabía, pero no estaba de más inspirarle un poco de confianza.

—Ya solo quedamos nosotros —aclaró la gorda operática, derivando la conversación hacia una salida perfecta. Al decir esto, se trasladaron al cuarto de L para comer juntos.

Escena XVIII

*Interior. Cuarto 379. Tarde*.

Encontraron al escritor sobre su cama. L explicó que, tras dormir casi una hora, se había despertado. Este, sonriente, explicó cada detalle de su inmersión. P tomó un pequeño cuchillo que llevaba consigo y se dispuso a abrir las latas.

La mujer de gruesos labios se mostró impaciente. Solo la gorda operática advirtió que era debido a la tardanza del señor de la calvicie pronunciada, quien desde que saliera a un cuarto cercano a resolver no sé qué problema de no sé cuál huésped, no había regresado.

L, favorecida por un short cortísimo y una blusa que dejaba al descubierto su ombligo y parte de su abdomen —detalle que captó la atención del escritor al despertar—, se dispuso a buscar al señor de la calvicie pronunciada.

—No. Quédate —el tono de la mujer de gruesos labios sugería, más que una petición, casi una orden—. Yo saldré a buscarlo. Sujétame a la niña, por favor...

L se confesó que sí. Que no quería estar en otro sitio que no fuese aquel cuarto. No por un espíritu altruista, de beata entrega hacia el prójimo. No. Quería estar allí porque el escritor, sin proponérselo, despertó en ella una extraña sensación de quietud, de abandono, de sensualidad, de deseo. No lo amaba. Amar era la quintaesencia de lo absoluto, algo que ella jamás había experimentado, ni siquiera con P, a quien comenzaba a observar con plena indiferencia. «¿Explicación? ¿Qué explicación darle a lo inaudito? ¿A todo aquello que rebasa nuestro pobre, dúctil entendimiento? Prefiero no explicarme nada, sino vivir y experimentar cada suceso por descabellado que parezca».

Escena XIX

*Exterior. Pasillo.*

La vio a los lejos, mirando a un lado y a otro. El señor de la calvicie pronunciada no pudo imaginar que la mujer de gruesos labios lo buscaba. Al acercarse y descubrirlo entre un grupo de hombres que improvisaban pitas y anzuelos, lo tomó de la mano con una autoridad inesperada.

—Tienes que comer algo, vamos conmigo.

El señor de la calvicie pronunciada se sintió conmovido ante la preocupación de aquella mujer y sin que ella lo esperara, la besó con mezquindad, con miedo. Todos a su alrededor quedaron boquiabiertos, esperando que de un momento a otro, aquella mujer le ofreciera la más sonora de las bofetadas. Lejos de esto, ella se le acercó y lo besó, con un arrebato inesperado.

Regresaron al cuarto. La gorda operática, siempre receptiva ante los sentimientos humanos, supo que la noche que se avecinaba estaría marcada por movimientos que, desde siglos, desconocía. No sería difícil inventar cualquier pretexto para dejarlos solos.

Cuando comenzaron a comer, un hombre se asomó a la puerta para decir que el primer pez había picado el anzuelo. Al parecer, pensó el señor de la calvicie pronunciada, también ellos prefieren el chorizo, recordando la carne que las circunstancias actuales obligaron a utilizar como carnada.

**Los sueños del señor de la calvicie pronunciada**

Soñó que odiaba a un hombre: su padrastro, un central azucarero, el olor a mieles. Se soñó del brazo de su padre. Soñó una pobreza lacerante; una calle desierta donde recogía, con miedo, un centenar de colillas de cigarros, para luego llenar su pipa; unos zapatos rotos; ropas deterioradas; un cansancio largo, muy largo, y despertó así, cansado.

Escena XX

*Interior. Cuarto 379.*

—No existen historias tristes o alegres, sino sofismas de la erudición, pequeños puentes que se derrumban entre lo que crees ser y la noche —repetía el escritor, mientras L lo observaba con deleitación adolescente de pequeña grulla enamorada, inmersa en su extrañeza. Ella, al margen de todo símbolo, era capaz de intuir que detrás de cada palabra, objeción, o cita del escritor, se escondía un océano profundísimo, poblado de peces-ausencia, peces-desesperación, peces-amargura, y minúsculas otredades del ser. Todo ello hacía implosión en su voz, en aquella oquedad de su tono laberíntico. Por eso, mientras él continuaba con su disertación metacultural, siempre ininteligible a sus oídos, demostrando ese carácter suyo de dialogante perpetuo, ella deshojaba —imperceptible— los pétalos de una flor: te quiero, no te quiero, te quiero, no te quiero, te quiero…

Así, hasta que él, ajeno al sorteo, sentenció:

—Siempre me ha parecido espeluznante, casi atroz, esa flor que se deshoja inequívocamente en busca de una respuesta definitiva, aún cuando sabemos que toda elección es una falacia urdida por nuestros más íntimos deseos…

Y la flor —imperceptible, vacía— cayó a los pies de L, absuelta de toda presunción, de todo hallazgo.